https://es.gaudiumpress.org/content/ahora-y-en-la-hora-de-nuestra-muerte/

AHORA Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE

Hay muchas personas que trabajan en hospitales quienes afirman escuchar cosas, ver figuras, sentir sensaciones inusuales. ¿Cuál es la explicación para esto?

Redacción (15/05/2023 12:15, Gaudium Press) En los últimos meses, he visto cómo la muerte se lleva a cinco personas que me eran cercanas. El primero era un amigo de 51 años, aparentemente sano, lleno de energía y planes de vida. Tenía dolor de cabeza y fue a la sala de emergencias; era un aneurisma. Murió dos días después. Luego estaba la esposa de un compañero de trabajo, una mujer de 22 años, que dejó un hijo de tres años. Estaba bien cuando, un domingo, se sintió indispuesta y también fue a urgencias. Ella necesitaba ser hospitalizada. Pasó una semana en el hospital, empeorando cada día; entró en una profunda anemia y murió sin que los médicos llegaran a un diagnóstico, solo dijeron que estaba afectada por una enfermedad autoinmune, lo que abre un abanico de posibilidades, pero nada concreto.

Dos amigos murieron de cáncer. Uno ya de 70 años, pero muy jovial. Tenía un negocio y trabajaba todos los días, de domingo a domingo, desde la madrugada hasta las ocho de la noche. Era un hombre de buen carácter y buen corazón, querido por todos. El otro era un intelectual de renombre, una figura destacada en su campo, que acababa de cumplir 50 años. El quinto tenía 41 años, estaba deprimido y se quitó la vida.

Todas estas muertes ocurrieron a intervalos muy breves, y tan pronto como me recuperé del luto de una, estaba ocurriendo otra. Esto me ha hecho reflexionar muy profundamente sobre el significado y la brevedad de la vida y preguntarme: si la muerte es la única certeza que tenemos, ¿por qué nunca estamos preparados para ella, ya sea la muerte de las personas que amamos o la nuestra?

Una frase ha estado presente en mis pensamientos, el final de la oración del Ave María: "Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte". Es común que, al orar, pidamos cosas presentes, satisfacción de nuestros deseos, nuestras necesidades, por la paz del mundo, por alguien que necesita ayuda. Sin embargo, en el Ave María, extendemos nuestro pedido de protección a Nuestra Señora no solo ahora sino también en la hora de nuestra muerte.

¿Qué sucede en el momento de nuestra muerte?

Al final, ¿qué sucede en el momento de nuestra muerte? ¿Es posible prepararse para ello? ¿O será que, aunque seamos personas piadosas, llevando una vida de oración, basada en las buenas obras, tendremos dificultad para afrontarla y estar, de hecho, preparados para recibirla?

Creo que el primer obstáculo es precisamente no saber cuándo será el momento de nuestra muerte. Por otro lado, tal vez este conocimiento no nos ayudaría mucho, e incluso podría ponernos ansiosos y preocupados, empeorando las cosas. Pero, hablando fríamente, saber que la muerte nos puede alcanzar en cualquier momento, en cualquier rincón, incluso mientras dormimos, no deja de ser angustioso y nos recuerda nuestra insignificancia y total ignorancia respecto a los misterios de la vida.

Hablar de la muerte siempre ha sido un tabú. Hasta hace unos años, cuando una persona tenía cáncer, por ejemplo, era común que el médico le dijera a alguien de la familia, pero no al paciente, dejando a la familia la responsabilidad de decidir si le decían o no a la persona que tenían ese cáncer, "mala enfermedad", hasta entonces vista como sinónimo de muerte.

Aunque hay varios tipos de cáncer que son curables, especialmente cuando se diagnostican a tiempo, esta sigue siendo una de las enfermedades que más mata en el mundo. Los tratamientos se han vuelto menos agresivos, se están probando nuevos medicamentos y el enfoque médico ha cambiado radicalmente. Hoy existen médicos especializados en cuidados paliativos, que tratan a personas que no tienen cura, buscando darles comodidad y calidad de vida, y que hablan abiertamente de la muerte. Con ello, quienes se ven afectados por enfermedades incurables son tratados con dignidad y pueden tomar decisiones importantes respecto a su vida, su familia y sus negocios. E, idealmente, también tomarían decisiones asertivas respecto a su vida espiritual…

¿Es posible engañar a la muerte?

La muerte tiene sus designios, no siempre fáciles de entender. Durante la pandemia vimos la muerte de gente joven y sana, sin las llamadas co-morbilidades, y fuimos testigos de la enfermedad y curación de ancianos, algunos con más de 100 años, varios con graves problemas de salud preexistentes.

Muchos recordarán un caso que ocurrió en el 2019 y fue ampliamente difundido por la prensa: un hombre con cáncer terminal que accedió a ser voluntario en un llamado tratamiento revolucionario. Vamberto Luiz de Castro tenía un linfoma óseo muy agresivo y ya estaba en estado terminal cuando se ofreció como voluntario para el tratamiento con la terapia génica conocida como CART-Cell, en el Hospital das Clínicas de Ribeirão Preto, en el interior de São Paulo.

La cura del Sr. Vamberto fue rápida y entusiasmó al equipo de médicos y científicos que lideraba el experimento, y su caso se dio a conocer en todo el mundo. Sin embargo, después de solo dos meses de prueba de cura, sufrió un accidente doméstico, se cayó, sufrió un traumatismo craneoencefálico y murió. Un caso que quizás confirma la sabiduría popular que afirma que es imposible sortear la muerte: llegado el momento, de una forma u otra, llegará. Esto no quiere decir que debamos ser negligentes y no tratarnos a nosotros mismos, sino que los designios de Dios están muy por encima de nuestro entendimiento y que la vida y la muerte le pertenecen.

Casi siempre nos pilla desprevenidos

Hablando con los sacerdotes que suelen tratar a los pacientes en los hospitales o incluso en sus casas, cuando ya están dados de alta por los médicos, dicen que una de las cosas más difíciles es encontrar a alguien que, de hecho, esté preparado para la muerte. Las personas se transforman ante la posibilidad de morir. Ya sean egoístas

y materialistas o buenos y altruistas, generalmente abandonan su estado normal ante la perspectiva de una próxima partida.

Hay quienes ni siquiera aceptan la presencia de un sacerdote, muchas veces llamado por la familia, cuando la muerte es inminente. Y, en otros casos, puede ser el propio paciente que quiere hablar con un sacerdote, confesarse y recibir los sacramentos, pero la familia no lo acepta, porque quieren que la persona viva y tienen la impresión engañosa de que el sacerdote que visita trae malas noticias, es mal presagio y acelera la muerte.

Obviamente, esto no es cierto y este es un temor infundado. Efectivamente hay casos en que el enfermo lleva mucho tiempo en agonía y la presencia de un sacerdote lo ayuda a calmarse, y la muerte sucede de manera serena, así como también hay casos de personas que están a punto de morir, reciben la unción de los enfermos y sanan, inexplicablemente.

La función de la visita del sacerdote, sin embargo, no es curar a la persona ni acelerar la muerte. El sacerdote, al ofrecer la unción de los enfermos, la posibilidad de la confesión y la Sagrada Eucaristía a los que todavía pueden recibir estos dos sacramentos, está cumpliendo su papel de siervo de Dios y colaborando para que se cumpla la voluntad de Dios. Si todos supieran la importancia de este encuentro con Dios, a través de la visita de un sacerdote, muchos se comportarían de manera diferente.

Foto: Olga Kononenko/Unsplash

Historias de hospitales

De vez en cuando, circulan en internet historias contadas por médicos, enfermeras y rescatistas, especialmente los que trabajan en unidades de cuidados intensivos o con pacientes terminales en general. Son historias que, para muchos, pueden incluso parecer exageradas, pero que, por la idoneidad de las personas que comparten estos informes, merecen ser tenidas en cuenta.

Es común reportar casos de aparatos que parecen ganar autonomía y se encienden o apagan solos; pacientes que afirman haber sido “avisados” de que ha llegado su momento y adoptan una postura tranquila, se despiden de las personas y mueren en paz. También están aquellos que se desesperan y tienen miedo, e informan haber visto enemigos o formas aterradoras, se agitan y afirman que no quieren morir.

Hay muchas historias de personas que entran en un estado de tranquilidad, serenidad y paz, incluso aunque enfrenten mucho dolor, afirmando ver algo que los ojos humanos no pueden alcanzar, alguna energía, alguna imagen que no pueden describir o incluso ángeles y personas que parecen haber venido a buscarlos.

Entre los relatos de los trabajadores de la salud, hay muchos que afirman oír cosas, ver figuras y sentir sensaciones inusuales como escalofríos, lágrimas, sentimientos de incomodidad y miedo o sentimientos beneficiosos y armoniosos. ¿Cuál es la explicación para esto?

Para los que no creen, la muerte es el final de la vida

Desgraciadamente, muchos no creen y, para los que no creen, la muerte es sólo el fin de la vida, sin perspectiva ni esperanza de continuidad. Debe ser muy triste y desesperante morir así, ver acercarse la muerte en este estado mental.

Sin embargo, para los que creen, los que han vivido bien y están en comunión con Dios, la muerte no debe ser vista con pavor y temor, no debe ser vista como un enemigo, sino como una puerta, un puente, un transición entre el cielo y la tierra, entre esta vida y la vida verdadera.

Debemos vivir como si nunca fuéramos a morir – y no lo haremos, porque nuestras almas son inmortales – pero estando preparados para morir, porque la muerte puede llegar en cualquier momento. En su libro Preparación para la muerte, San Alfonso María de Ligorio nos dice: "Considera los mandamientos divinos, recuerda los cargos y ocupaciones que tuviste, las amistades que cultivaste, escribe tus faltas y haz –si no lo has hecho ya– una confesión toda tu vida… ¡Oh, cuánto contribuye la confesión general a poner en orden la vida de un cristiano!".

Pero, ¿cuándo debemos hacer esta confesión general? ¿Solo cuando estamos enfermos o mayores? ¡No! Hazlo ahora, porque la muerte puede sorprenderte mientras duermes esta noche o esperarte mañana por la mañana. Este es el momento de poner tu vida en orden, es ahora. No esperes a un mañana que tal vez nunca llegue.

Lo difícil de ahora es lo imposible del momento de la muerte

San Alfonso dice también: "Cuida que esta cuenta sirva para la eternidad, y trata de resolverla como si te presentaras delante del tribunal de Jesucristo. Quita de tu corazón todo mal afecto y todo rencor u odio. Satisfaced cualquier motivo de escrúpulos sobre la propiedad ajena, la reputación dañada, los escándalos dados, y proponeos firmemente huir de toda ocasión en que podáis perder a Dios. Piensa que lo que ahora te parece difícil te parecerá imposible en el momento de la muerte. Lo que más importa es que os decidáis a poner en práctica los medios para conservar la gracia de Dios".

Por tanto, vivamos bien, pongamos las cosas en orden, seamos conscientes de la fugacidad de la vida y, sobre todo, no olvidemos recurrir a María, a quien Dios, en su infinita bondad, nos ha dado como intercesora y apoyo en la hora de nuestra muerte. Pidámosle esto todos los días, varias veces al día y, muy probablemente, sea cual sea el día y el motivo de nuestra muerte, ella estará a nuestro lado, tomándonos la mano, dispuesta a llevarnos al cielo, si así lo hubiésemos merecido.

Por Alfonso Pessoa